

STAUFFACHER.

Esto es hecho, Tell; con vos quedamos todos esclavos. (Los villanos rodean á TELL.) Con vos perdemos nuestra postrera esperanza.

LEUTHOLD. (Acercándose.)

Tell, te compadezco; pero es fuerza que obedezca.

TELL.

¡Adios!

WALTHER.

(Gritando con desesperacion y abrazándose á TELL.)

¡No, padre mio, no me dejes sin tí!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)

Allí está tu padre.

STAUFFACHER.

¿No teneis nada que decir á vuestra esposa?

TELL. (Besando cariñosamente á su hijo.)

El niño está sano y salvo. Dios me ayudará en adelante como hasta hoy.

(Se aleja y sigue á los agentes del Bailío.)

XVI.

Pero dejemos ya la poesía, y volvámos á la tradicion, poesía de la verdad.

Dueño Gessler de Guillermo Tell, mas temeroso de que al ejemplo de rebeldía dado por éste, se levantaran en armas los villanos y le arrebatasen su prisionero, determinó de trasladarlo aquella misma noche á Kussnacht, fortaleza del Emperador, situada en la cumbre del monte Rigi. Para ir á Kussnacht se hacia necesario atravesar el lago, y Gessler, que no queria fiar á ninguno la custodia del prisionero, á quien reservaba ejemplar castigo, lo embarcó en Fluelen, puertecillo de pescadores asentado en la orilla occidental del lago de los Cuatro Cantones. Los remeros, cuatro soldados y un práctico, tripulaban con él la barca; el preso, fuertemente atado, iba tendido en el fondo entre los bancos. Diéronse á la vela y navegaron con felicidad hasta mediar la distancia que los separaba de la costa; pero una vez allí cubrióse de pardas nubes el cielo y comenzaron las ondas á encreparse agitadas de huracan violento, pareciendo ántes caer á manera de talud que no soplar de las alturas del San Gotardo por la embocadura de la Reuss. Rifó con esto la vela, y en vano timonel y marineros hicieron los mayores esfuerzos para ganar una ensenada que los abrigase al pié del Rigi; porque siempre los rechazaba la cólera de los elementos, de cuya furia fueron juguete aquella noche temerosa.

—«Sólo hay un hombre capaz de salvarnos,—dijeron á una voz los remeros.

—¿Quién es?—respondió Gessler.

—Guillermo Tell,—replicaron los de Uri.

—Soldado, entónces,—añadió el Gobernador;—su vida fia la nuestra; que tome la caña del timon.»

Lo cual oido de los tripulantes de la barca, se dieron prisa y cortaron las cuerdas que sujetaban al prisionero. Entónces Tell empeñó una lucha desesperada con los elementos, é hizo rumbo hácia la costa de Altorf, en cuyos peñascos rompian las olas furiosamente, buscando una ensenada conocida solo de él y que se proponia descubrir en medio de la oscuridad de la noche y de la niebla producida por el embate de las aguas y las espumas pulverizadas del lago, guiándose para llegar á ella del ruido mismo del temporal en las paredes del lago. Al cabo de un espacio que, áun siendo breve, pareció eterno á los de la barca, Tell la hizo virar en demanda de un peñasco bajo, saliente y barrido de las aguas, y dando un salto enorme tomó tierra en él, no sin rechazar con vigoroso y hábil impulso la navecilla, que por tal modo siguió siendo juguete de la tempestad. Antes de que los remeros de Gessler hubieran reconocido al despuntar del alba la costa de Altorf y la ensenada de Fluellen, ya Guillermo Tell habia recorrido la distancia que lo separaba de su casa, y despues de abrazar á su mujer é hijo y de tomar una ballesta y un carcaj lleno de flechas, salió de nuevo apresuradamente.

XVII.

Entrada la mañana logró desembarcar el Gobernador, y no bien estuvo en tierra despachó un mensajero que le trajera de Altorf sus pajes, guardias y caballos, y con ellos se puso en seguimiento del

fugitivo, jurando en alta voz que si no se le presentaba voluntariamente, cada día que pasara sin hacerlo costaria la vida á un individuo de su familia. Un hombre oculto en la maleza le oyó, y de allí á un instante pasó rasgando el aire una flecha por entre las ramas del bosque, clavándose certera en el corazon del Bailfo, que cayó sin vida del caballo. Nadie vió ni supo jamás quién habia disparado el arma mortífera, y Gessler pereció como herido de Dios que no se muestra en sus venganzas sino por el golpe mismo de su mano invisible.

Ya sea que Guillermo Tell no hubiese disparado la flecha sino para salvar á su familia, en aquellos momentos amenazada de muerte, y que le avergonzase haber procedido ántes como asesino que como enemigo leal; ya sea que no quisiera cifrar gloria en un acto de apariencias criminales; ya que partiera el golpe de otras manos que no las suyas, es lo cierto que nunca reivindicó para sí el suceso de Gessler, dejando el crimen ó la gloria del hecho envuelto en el misterio, dándose por satisfecho con recobrar mujer é hijos, y abandonando á otros la honra de conquistar la libertad política de su patria, vengada ó redimida con un ballestazo suyo; como que la rebelion de Tell sólo fué inspirada de la naturaleza, siendo acaso por esta causa y á pesar de su voluntad el héroe de la Suiza en la sucesion de los tiempos: que del propio modo que una mujer llamada Lucrecia fué libertadora de Roma, un padre fué libertador de la Helvecia.

XVIII.

El último atentado cometido por Gessler contra la paternidad; el drama de la manzana que acabamos de narrar; el suplicio moral del padre; el probable asesinato del hijo por el autor de sus días; las angustias y los gritos de horror de todas las madres; y, finalmente, la inmolación del tirano, salvado primero por la víctima ó inmolado después por mano invisible, hicieron fermentar en un instante la conjura de los congregados en Grulli para redimir á su patria. Cada campesino tuvo un cómplice seguro en cada campesino; todos se comprendieron sin hablarse, fiando ciegamente unos en otros sin prestarse otro juramento que una mirada ó un apretón de manos: que aquel estado del alma de Guillermo Tell en los momentos que vacilaba entre apuntar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo ó al corazón del Bailío, se había comunicado á toda la Suiza.

En efecto, el 31 de Diciembre los tres jefes de la conspiración del Grulli levantaron sus banderas y llamaron á las armas sus compatriotas. La de Uri, representaba una cabeza de toro con la cadena del yugo rota; la de Schwytz, una cruz, doble símbolo de suplicio y redención, y la de Unterwald, dos llaves, imágen de las del apóstol San Pedro, que deberían abrirles las puertas de hierro de su antigua servidumbre.

Al mediar de la noche, seguido Stauffacher de la juventud de Uri, subió sigilosamente la montaña en que se asienta el castillo de Rosberg, una de las ciudadelas del Austria. Nadie velaba en la fortaleza

de los tiranos excepto el amor y el patriotismo en la persona de una jóven de la raza oprimida que servía en calidad de criada en la mansion del señor y estaba prometida en matrimonio á uno de los conjurados. Oportunamente advertida la doncella del momento en que su intervención sería necesaria, echó al fondo del precipicio el cabo de una larguísima cuerda con nudos, atándola por el otro á los barrotes de su ventana. Introdújose así el jóven seguido de veinte compañeros en el castillo, sorprendió dormido al presidio alemán que lo guarnecía, lo desarmó y lo encerró en los sótanos, y dejando flotar después en los baluartes el pabellon austriaco á manera de cebo, atraídos de sus colores acudieron á refugiarse allí la mañana siguiente muchos señores que huían de la rebelión extendida ya por los campos, quedando prisioneros y rehenes de los villanos.

En Sarnen se presentaron los labriegos cargados de corderos, cabritos y volatería, ocultando las armas de que iban provistos bajo sus ropas, y en actitud de llevar al señor el acostumbrado tributo de año nuevo; y como saliera en aquel momento el baron para ir á la iglesia, los saludó, encargándoles que lo esperasen. Mas, no bien hubieron pasado el puente levadizo, cuando lo levantaron, y sacando sus armas se arrojaron sobre la guarnición, la hicieron prisionera, y llamando desde las murallas con trompas de caza á sus compañeros, acrecieron considerablemente las huestes libertadoras.

Mientras tenían lugar estas sorpresas y asaltos de los compañeros de Stauffacher, Walter Furst y Guillermo Tell escalaban el castillo de Uri, reputado por intomable hasta entónces; y Melchthal y sus héroes se apoderaban de las demas ciudadelas. Gran-

des fogatas encendidas en las torres de todas estas fortalezas la noche de aquel día memorable reflejaron de cima en cima y de lago en lago los primeros destellos de la independencia helvética, que aun dura vigorosa y fuerte al cabo de ocho siglos; fecha gloriosa que se confundía en el espíritu de los suizos con el nombre de Guillermo Tell, por haber sido, si no fundador, ocasion al ménos de la libertad de su patria. ¡Felices aquellos ciudadanos á quienes acontece lo propio, pues la posteridad no investigará cuyos sean sus títulos á la gloria, sino que los asociará con la grandeza, la virtud y la eternidad de su raza, y los bendice hasta la última generacion!

XIX.

Así acontece con el campesino llamado Guillermo Tell, cuya sencillez ofrece analogía tan maravillosa con la comarca pastoril que celebra eternamente su nombre y sus aventuras en la leyenda, y cuya imagen, así como la de su mujer é hijos, encajan de una manera tan grata y propia en los paisajes grandiosos, rústicos y risueños de la Helvecia, la moderna Arcadia. Porque cuando los viajeros recorren la Suiza, y ven levantarse hasta el firmamento las cumbres del monte Blanco, del San Gotardo y del Rigi cual si fueran los pendones nacionales teñidos por el cielo de la libertad, ó las enerespadas olas del lago de los Cuatro Cantones hacer juguete de su furor alguna barquilla, ó la espumante cascada del Splughen romperse con estrépito en un lecho de rocas como la tiranía en corazones libres, ó que las ruinas de una fortaleza austriaca entristecen los prados de Uri ó de Glaris, ó que la luz del sol ilu-

mina con sus rayos los aterciopelados ribazos en que pastan los rebaños al són de sus esquilas y campanillas, ve la imaginacion en el origen de todas estas escenas el sombrero del Bailio puesto en la punta de un palo, al ballestero condenado á disparar sobre la manzana colocada en la cabeza de su hijo, el padre reprimiendo su cólera para luchar con la tempestad, y luégo al tirano caer traspasado de un ballestazo cuando el fugitivo perseguido lo entienda proferir amenazas de muerte contra su familia. Historia es esta candorosa y sencilla cual idilio, pues no parece sino que la Providencia se complace por tal modo en dar á cada pueblo libre por fundador de su independencia un héroe fabuloso ó verdadero, conforme á la comarca en que haya de representar su papel, y á las costumbres y carácter de sus habitantes. Por eso vemos que un pueblo rústico y pastoril como el suizo tiene por héroe un campesino, y un pueblo altivo y bizarro como el americano, un soldado revestido de todas las virtudes cívicas, y que los simbolos de ambas redenciones guardan la misma relacion: en Suiza, Tell con la flecha y la manzana; en América, Washington con su espada y el libro de sus leyes.